

BLANCA RIESTRA

# VUELO DIURNO



CASA DE CARTÓN



# VUELO DIURNO



Blanca Riestra

## VUELO DIURNO



CASA DE CARTÓN

© Blanca Riestra, 2012

© Imagen de la cubierta: Leonardo Torres Carnero, 2012

© Editorial Casa de Cartón S. L., 2012

Editorial Casa de Cartón

[editorial@casadcarton.es](mailto:editorial@casadcarton.es)

[www.casadcarton.es](http://www.casadcarton.es)

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Noviembre 2012

ISBN: 978-84-940478-2-4

Depósito Legal: M-33010-2012

Printed in Spain

Ino Reproducciones S.A.

Toda pregunta debe permanecer *en mí* abierta  
sin fin como una herida incurable, porque toda  
comunicación con *lo otro* es una herida, un declive  
o un crimen que sucede indefinidamente.

JEAN-MICHEL REY





# UNO

## Q

El Forastero llegó a Fronda un mes antes del Corpus. Dicen que aquel día el aire estaba resplandeciente como si alguien hubiese tendido guirnaldas de estrella a estrella. Yo no lo creo, el mundo es siempre idéntico y callado.

Aquel día Genaro estaba triste. Ya no recordaba el rostro de su esposa, muerta hacía ya años.

Dicen que el día que el Forastero llegó a Fronda, Consuelo guisaba carne en la cocina del bar. Que, aquel día, José Ángel se depiló por primera vez las piernas y que el cura tuvo por primera vez una duda.

El día que el Forastero llegó a Fronda, Laura encendió a escondidas su primer pitillo.

## U

Llegó caminando desde la ciudad más próxima con un maletín y un traje: traía los zapatos llenos de polvo y la corbata floja.

Parecía un predicador o un viajante de comercio.

Genaro, un jubilado de esos que solo florecen en lugares hostiles, a contracorriente de la soledad y la desidia, lo vio llegar.

Genaro era un jubilado con espíritu futurista. Tenía la costumbre de pasear por la carretera nacional cada mañana. Hasta el cruce. Y vuelta.

Le gustaba sentarse sobre el mojón del kilómetro doscientos veinticinco, cada mañana, reposando el bastón en su regazo. Y es que Genaro abrigaba la secreta esperanza de ver pasar alguna vez un camión o un auto deportivo.

Llegará, todo llega, se decía.

A Genaro le gustaba ver cómo, a eso de la una y media, renqueante, dejando tras de sí un rastro de aceite y entre ostentosos torbellinos de humo, aparecía siempre el coche de línea.

Consideraba que el coche de línea era como el futuro: ambos se aproximan a través de una llanura impoluta, con precisión de animal ciego, lentamente.

## É

Aquel jueves, al tomar la curva —lo recuerdo— el conductor dio dos bocinazos de cortesía. Genaro acababa de encender el cigarrillo que traía tras la oreja. Dicen que entonces lo vio caminando por la cuneta de enfrente, con un malecón en la mano: era un hombre vestido de negro, como un enterrador o como un cuervo.

Mientras el autocar lo adelantaba y desaparecía rumbo hacia el olmedo, Genaro se levantó y, apagando lentamente su cigarro con el pie, emprendió el camino de vuelta a casa.

## H

Fronda es una aldea tan pequeña que quizás solo merezca el nombre de lugar. Fronda además no es histórica ni hermosa. Quizás ni siquiera sea representativa de nada.

Fronda solo cuenta con dos calles, con dos niños, un mesón, una peluquería, un bar de alterne y un corro de comadres desdentadas a las puertas de las casas. Siempre he pensado que Fronda se parece a una espiral cuyo centro estuviese vacío. Te absorbe y te expulsa por solo efecto de su inexistencia.

Fronda se alza, junto al Tallar, en medio de una llanura muy árida donde constituye una excepción de fertilidad, pues la rodea un cordón de olivares y viñedos. En su iglesia se con-

serva una imagen milagrera de san Antonio y anida todos los años la cigüeña.

Apenas hay turistas, pero si alguno se detiene en Fronda, nunca olvida rendir homenaje a la estatua del General Franco, cabeza del Alzamiento, que es hijo predilecto de la villa. A Franco se le ve diminuto, sentado como está en la grupa de un caballo rociero, francamente desproporcionado en garbo y corpulencia. Se le ve infeliz, en las alturas, medroso: presa, tal vez, de un desaliento incurable.

## E

Como casi todos los pueblos de España, Fronda se despobló en los sesenta.

El campo no siempre es idílico. El campo tiene la particularidad de devolverte tu propio reflejo. Y muy pocos soportamos vernos desnudos y desocupados cada día. El campo tiene el efecto de una campana de cristal donde todo se magnificase y se extendiese. Todo es ondulado: hasta el tiempo, hasta el espacio. Entonces uno enferma y empieza a escarbarse las entrañas, como el parásito de la patata o el moco del trigo.

En los pueblos el tiempo puede durar infinitamente, las horas se dilatan, quedan cuajadas en infinitos ramilletes de segundos. Esa elasticidad resulta a menudo intolerable. Y es que solo hay algo peor que la fugacidad del mundo: su eternidad, su premiosa permanencia, estancada y corrupta.

## R

Véanlo. Ahí viene:

El Forastero camina. Sus pies van levantando pequeñas nubes de polvo. En la plaza del pueblo una comadre teje junto a la estatua de Franco con bigote.

La comadre es muy vieja y tiene un lunar tembloroso sobre la boca. Pero el Forastero apenas repara en el lunar peludo. El Forastero va sumido en sus pensamientos que son muy vagos. De un tiempo a esta parte no consigue tener pensa-

mientos definidos, solo impresiones confusas. De un tiempo a esta parte no piensa ni propone; solo observa, engulle, paladea.

Penetrando en aquella aldea despoblada, el Forastero siente algo semejante a la Dicha, una ebriedad extraña, la insoslayable sensación de que la vida —íntima, trémula, avergonzada, triunfante— sigue palpitando en cualquier rincón de este mundo desgraciado, hagamos lo que hagamos.

Son las dos.

En el medio de la plaza la comadre teje. Levanta apenas los ojos del tapete y roza con la mirada el cuerpo del extraño.

El Forastero se quita la chaqueta y se la cuelga del hombro. Al levantar el brazo derecho, deja al descubierto las axilas con manchas oscuras de sudor.

Da media vuelta y contempla los tres bloques, la casa consistorial cerrada a cal y canto —el alcalde está en Jávea, festejando sus bodas de plata—, el burro lleno de moscas, la camioneta de reparto abandonada.

Y de pronto una chica pasa.

Tiene el pelo rubio y sucio. Lleva en la mano una naranja. El Forastero piensa: es hermosa.

El Forastero escupe sobre la gravilla. La calle huele a barniz de uñas y a perfume.

## M

Consuelo se escudaba tras la barra de la Flor de Badajoz. Era una mujer blanca y lunarosa.

Aquel día, Consuelo reparó en la sonrisa del Forastero, extraña, como teñida de albura y se dijo, parece hombre de buen pagar.

Después quizás lo examinase de arriba abajo, quizás calibrase su cuerpo con lascivia. A Consuelo los años, en lugar de anestiesarla, la han animalizado, convirtiéndola en una mula. Solo puede proferir palabras burdas y pensar en términos bestiales. Su familia y su clientela, afortunadamente, lo ignoran. Pero, si alguien la hubiese trepanado alguna vez, se hubiese visto salpicado por las heces.

—Y entonces, ¿qué le trae por aquí, señor...?

El Forastero parece titubear. Está pensando, al contemplar las acequias, qué hermosas malvas, tan frescas. No puede evitar que la cabeza se le vaya hacia los márgenes del mundo. Deja la maleta negra al otro lado del mostrador y repone reinyectándose una sonrisa:

—Estoy de paso.

Consuelo asiente, nunca tenían huéspedes excepto en la semana grande, pero el resto del año, nada. Y este parece buen pagador. Arremangándose la falda sube su maleta hasta la habitación número tres.

Y, en efecto, el Forastero paga por adelantado cinco noches.

A través de la ventana se ve una manguera enloquecida en el patio del vecino, una gallina coja y las idas y venidas de Eufrasio con las bolsas de cemento.



Cuando el bar está poco concurrido, Consuelo aprovecha para dejarse ir mansamente sobre la bayeta. Hay algo de voluptuosidad en esas horas medidas por el sueño.

Son las tres y media. La televisión, en precario equilibrio sobre una repisa, retransmite imágenes de guerras y de políticos untuosos en ciudades lejanas. La verdad es que todo aquello la deja un poco indiferente. Y es que el mundo es para Consuelo el ronroneo del congelador lleno de pollos y troncos de merluza, la masa de las croquetas y los jamones colgados de los ganchos de la despensa. Nada más.

El marido —Amaro— está comiendo en la cocina. De vez en cuando se escucha el sonido sedante de los cubiertos contra la loza y Consuelo siente algo semejante a la paz. Aquel es de los pocos momentos en que puede disfrutar de soledad. Aunque, ¿acaso la soledad existe? Dicen que todos estamos solos pero, ¿qué ocurriría si la verdad fuese muy distinta? ¿Qué ocurriría si alguien descubriese que vivimos arracimados, que somos vainas de un mismo cuerpo purulento?

Afortunadamente para ella, Consuelo no es una mujer demasiado inclinada a la reflexión. Consuelo tiene las manos regordetas y le gusta repiquetear con las uñas llenas de faltas

sobre la formica. El repiqueteo de sus uñas se expande como una cantinela por el establecimiento. De vez en cuando, el anillo de casada introduce alguna nota discordante, más grave o más aguda, y Consuelo se endereza para continuar con el servicio.

En la mesa del fondo, el Forastero termina la ternera.

Parece absorto. Tiene el periódico de la comarca abierto de par en par sobre el hule. Simula estar leyendo pero, si alguien lo mirase con cuidado, se daría cuenta de que sus ojos no se mueven, están clavados en la esquina de una letra grande y colorada.

Pasan unos instantes y el Forastero se incorpora, como quien regresa de un sueño muy denso, y apura un último bocado. Se ayuda para tragar con un buche de vino y gaseosa.

## S

Mientras se acerca cansinamente para retirar el plato, Consuelo aprovecha para examinarlo de cerca. Chancletea. El Forastero es un tipo delgado con el pelo gris muy tupido. Un buen mozo, en suma, sino fuese por los ojos oscuros y bizcos.

—¿Qué desea de postre, caballero? ¿Yogur, naranja o natillas?

Consuelo arrastra los pies en sus zuecos blancos, complaciéndose en el ruido de la madera sobre el embaldosado. Mete sus gruesas manos en el bolsillo del delantal. Un rayo de luz perfora la segunda mesa cerca de la ventana pero Consuelo no repara más que en la suciedad de los cristales.

En aquel momento llega Laura. Tiene trece años, una mochila de loneta y ese pelo revuelto que ella trata de despeinar aún más. Abre la puerta de golpe y dice algo con una voz un tanto chillona.

## O

En esta historia hay dos hermanas, Laura y Lourdes, distintas e iguales: Laura, torpe y lúcida; Lourdes, torpe y atorada.

Mientras Lourdes se come una naranja frente a la televisión, Laura regresa de la escuela llena de pensamientos lentos. No es que se trate de actividades que establezcan una oposición radical e irrenunciable: comer una naranja es prácticamente inofensivo y nada hay refinado en regresar de la escuela en autobús. Pero la piel de la naranja es gruesa y cae sobre la alfombra de nudos de color y en las ventanas del autobús se reflejan los árboles como garras. Ya me entienden.

¿Qué pensaba Laura en aquel día de final de primavera? Era mayo y el calor ya empezaba a emborrachar las calles del Tallar. A pesar de sentirse triste, Laura también estaba un poco alegre. Y es que su cuerpo no era ajeno a la festividad de las flores y de los insectos.

A menudo le asaltaban esas sensaciones confusas. Era como si la tristeza llevase en su seno un regusto de placer. Pensó que quizás se estuviese enamorando, pero lo peor es que no sabía de quién. Se estaba enamorando de una idea o de una promesa de idea. Y después, claro, estaba lo de aquella obra que el grupo del instituto llevaba ensayando desde el mes de enero. Menuda idea, representar una obra del siglo XVII que era un rollo y en la cual no se entendía de la misa la media.

Había algo extraño en aquella retahíla de verbos sin sentido, algo que empezaba a obsesionarle, como si se tratase de un complot o de una oración que pudiese abrir la puerta de todo. ¡Qué estúpido! Y sin embargo, ¡qué sensaciones tan tercas, pegajosas!

Su hermana Lourdes hubiese dicho que estaba en la edad del pavo.

## F

Desde hace días, después de las clases, Laura se sienta en el anfiteatro, un poco lejos para que nadie repare en su presencia y sigue con espanto, las idas y venidas de los actores. Son todos mayores y, cuando proyectan la voz, parecen más altos y solemnes, hablan sobre un Dios extraño que juega en un mundo de recompensas y castigos.

Cuando Laura trata de recordar algo que le haya producido una impresión semejante, solo se le viene a la cabeza aquella vez primera en que vio a un toro montando a una vaca en el cercado. Aquellas embestidas y aquellos ojos desorbitados y aquel miedo.

Lo recuerda, se quedó quieta, sin poder apartar los ojos de la herida restañada. Sentía fascinación y ganas de vomitar al mismo tiempo. Y, quizás, vergüenza. Era como una batalla de belleza y una danza de asco. Y aquella herida se quedó para siempre en su interior.

## U

En el Tallar y en Fronda se alfombran todavía las calles de pétalos de flores y se lleva en procesión la Eucaristía. Son restos de rituales cadavéricos, sensuales.

Ese día las gentes siguen sacando a los recién nacidos de las cunas y a los enfermos de las casas para que la Santa Forma los bañe con su silencio geométrico.

Laura nunca había desfilado con los niños del Tallar porque sus padres no eran muy aficionados a esas cosas. Su padre tenía un san Pancracio sobre la caja registradora, castigado contra la pared, eso era todo.

A pesar de tanta tradición, aquel año era el primero, desde hacía décadas, en que se representaba un acto sacramental. La iniciativa partió de algún excéntrico profesor obsesionado por el constructivismo.

Muchos se opusieron. Dijeron que no sería más que una fuente de complicaciones. Solo al final un grupo de esquiroles, y dos o tres niños raros habían accedido a hacer las pruebas.

Y ahora, tras un par de meses presenciando en silencio los ensayos, Laura se encontraba, de pronto, deseando con todas sus fuerzas interpretar un papel en aquel lío.

Quizás La Belleza, iba pensando.

Soñaba así desde hace unos días, siempre sola, de regreso a casa en autobús.



## E

El Forastero subió por las escaleras blandamente. Su habitación era sencilla y fría. Tenía una cama individual cubierta con una colcha de ganchillo y un lavabo empotrado en la pared. Sobre la cama alguien había colgado un crucifijo.

Se contempló en el espejo sin verse. A través de las cortinas sintéticas, el sol de mayo jugaba a trazar arabescos sobre el armario de linóleo. Un moscardón penetró por la ventana entreabierta y voló frenético estrellándose contra el cristal.

El Forastero estuvo algún tiempo así. Después se acercó a la ventana y dejó salir al moscardón que desapareció sobre los tejados colindantes entonando un dulce zumbido (¿o tal vez fuese un cántico?).

Y el Forastero vio al pobre Alvarito que pasaba en moto por la calle principal. Iba vestido con un mono azul lleno de grasa. Los perros de la pensión lo persiguieron hasta el final de la calle: ladrando.

El Forastero se quitó los zapatos, los dejó ordenadamente al pie de la cama y después se tumbó sobre la colcha con los brazos muy juntos. Estuvo así unos minutos, luego se enderezó, abrió el cajón de la mesilla y tomó con cuidado un libro. Era la Biblia.



## DOS

### C

Alvarito tenía una *Vespa* de color rojo que funcionaba mal, veintidós años y estaba un poco grueso. Cuando se quedaba desnudo frente al espejo de la ducha solía contemplar con admiración aquella curva peluda, suave, que era su estómago. A Alvarito le gustaba su barriga, la encontraba cálida, se sentía cómodo con ella. Nunca había deseado adelgazar.

Y, sin embargo, aquel día de mayo, cuando Alvarito abrió la puerta de la casa y se dirigió a la cocina donde ya Genaro lo esperaba ceñudo, dijo:

—Hoy nos ponemos a régimen.

Genaro abrió los ojos como platos mientras su sobrino lavaba una lechuga. Alvarito había dejado el mono sobre el arcón remachado del recibidor y, tras lavarse las manos, puso la mesa. Los improperios del tío ni siquiera lo alteraban. Genaro nunca había sido un hombre simpático y la vejez había terminado por agriar completamente su carácter.

Le preparó los macarrones, pero para él se hizo una ensalada. Y ambos comieron delante de la televisión en silencio. Aquella primera comida de dieta fue un fiasco: Alvarito se sintió muy flojo durante todo la tarde y, a eso de las cinco, tuvo que comprar en el mesón un bocadillo.

## A

Sentado en el andamio con el compañero Mouzo, Alvarito contempla con algo semejante a la melancolía la colada de oro del poniente. Muerde el pan de barra con timidez. El compañero Mouzo apura un resto de agua del botijo.

Los pies de Alvarito, calzados con pantuflas, cuelgan sobre el pueblo atardecido. Lo que más le gusta de la obra es contemplar las idas y venidas de la gente.

El tío Genaro, por ejemplo, se ha instalado a la puerta de la casa con una silla plegable y una palangana para pelar guisantes. Alvarito lo vigila desde lo alto. De vez en cuando Genaro saca del bolsillo de su camisa de percal un pañuelo con el que se enjuga la terrosa frente.

Alvarito a veces piensa que le hubiese gustado ser Dios para contemplar todas las cosas desde arriba.

Algunas mujeres regresan del campo cargadas de ramos, don Eufrasio lleva ya tres días arreglando el viejo tractor en el patio de atrás mientras el niño Nando, a su lado, limpia con agua y jabón los aperos de labranza, labor que a Alvarito se le antoja absurda.

En La Flor de Badajoz, el farmacéutico, don Felipe y el cura deben de estar terminando ya su enésima partida de mus. José Ángel cerrará a las ocho el salón de peluquería y, acicalado como una mona, con una diadema de toalla sobre la frente, se irá a hacer *jogging* entre los olivos.

Sin que él pueda evitarlo, los pensamientos de Alvarito se demoran en José Ángel, como si José Ángel fuese una caléndula o una mariposa frágil y bizarra.

## Z

Ahora, mientras sus piernas cuelgan en medio de la tarde, Alvarito trata de recordar desde cuándo, por qué, de qué manera. Quizás todo empezase aquel primer día en que su madre —Dios la perdone— lo llevó a que le cortasen el pelo. Él era muy niño, pero recuerda la suavidad infinita de José Ángel cuando, al lavarle la cabeza, se demoró en sus pequeñas sienas con un masaje perfumado.

El peluquero imperaba en su negocio como una abeja reina. Tenía unas manos blancas y firmes de señora. Alvarito se recordaba jugando a la peonza en las largas tardes de estío —tan similares a esta que asola el horizonte— y volvía a ver al peluquero (más joven y también más insolente) pasando junto a él, una, dos, tres veces y al peluquero, de nuevo, (a veces con aire melancólico) que una mañana se detuvo en medio de la plaza para acariciarle los cabellos y ofrecerle un caramelo caliente todavía de su boca (tras envolverlo en el papel de celofán que llevaba cuidadosamente guardado en el bolsillo)...

## A

Alvarito se dejaba llevar por estos pensamientos, sentado en el andamio junto al compañero Mouzo, cuando vio pasar a Laura. Sola como siempre.

Su hermana sí que está buena, piensa.

Una o dos veces por semana la Bombi va al cine o a tomar algo con sus amigas en el pueblo vecino. A Alvarito le parece sexy, con su pelo teñido, sus labios púrpuras y las largas uñas de color perla con dibujos brillantes.

Lourdes tiene dieciséis años. Laura solo tiene trece y odia su casa, odia a su madre, odia que su madre tenga un bar y odia que el bar se llame La flor de Badajoz.

## R

En Fronda no hay escuela ni instituto. Por no haber no hay casi niños, solo viejos, un mesón y un bar de alterne. Laura va y viene todos los días en autobús de línea desde Fronda hasta El Tallar de la Serena donde está el instituto Amado Nervo. No es buena estudiante, pero disfruta yendo a clase aunque solo sea para escapar de su madre, del bar y de ese pueblo donde nunca pasa nada.

Tampoco es que el instituto sea el colmo del *glamour* pero algo es algo. Allí aprende cosas nuevas, hay mapas y gente venida de la ciudad, gente que le pide a la vida algo más que una ristra de chorizos o que la cosecha no se malogre.

Regresa sola en el autobús vacío. Ojea los apuntes del día: trigonometría y sonetos. A través de la ventana puede sentir las líneas del horizonte sobre su perfil delgado. Laura parece más joven de lo que es. Y sin embargo por dentro una dureza muy fuerte empieza a poblarle las arterias.

Creo que me estoy convirtiendo en alguien muy malo, se dice a veces.

## L

De un tiempo a esta parte solo siente rabia: descender del autobús y el mismo tío Genaro levantando la gorra sobre su mojón de asiento y el camino del pueblo y el ruido de martillazos y la televisión con la telenovela y su madre con aquellos ojos cansados y el Forastero rebañando el plato y el padre en la cocina.

Su hermana, que siempre está colgada del teléfono y acostada sobre el sofá con los pies desnudos, se hace la sorprendida al verla llegar a aquella hora de la tarde.

Finge no verla y se queda inmóvil hasta que Laura, con un portazo, cierra la puerta de su cuarto.

—Hola, imbécil —saluda Laura a su propia imagen reflejada en el espejo.

Laura se lava los dientes y enciende la radio: siempre busca algo alegre, despreocupado, juvenil, música de discotecas y ciudades, de coches, fotos de peinados divertidos, de chicos y tabaco, de lentejuelas.

Tiene la impresión de vivir fuera del mundo, en una jaula rodeada de pantanos.

Después de cepillarse el pelo y ayudar en la cocina, termina refugándose de los gritos de su madre en la parte de atrás de la iglesia que es el último edificio del pueblo. Una pared enjalbegada se abre a los campos amarillos. Laura se instala allí con sus cuadernos y repasa las lecciones del día siguiente.

## O

Aquel día, Laura sacó un único cigarrillo comprado en el kiosko del Tallar y lo encendió.

La primera calada fue amarga. La segunda le dio náuseas. La tercera le adormeció levemente el corazón.

Entonces estiró las piernas y se dejó ir por el aire de la tarde entre virutas de humo.

## A

—¿Qué le pasa al Alvarito? —le preguntó la vecina a Consuelo.

Las gallinas picoteaban formando un semicírculo perfecto en torno a sus zapatillas de cuadros.

—Pregúnteselo a él.

—A su edad yo ya estaba casada y bien casada.

—Pues no sé.

## L

Si alguien se hubiese interesado en preguntarle, Laura hubiese dicho que Alvarito estaba enamorado de la Bombi. Todos los hombres y las mujeres estaban enamorados de la Bombi, ese monstruo con cerebro de mosquito.

Es como si en ella estuviese esa grieta que llevaba dentro y que se insinuaba a veces.

Se movía con distinción televisiva. Su pelo natural era muy oscuro y los rasgos de su rostro sabían ser lascivos.

## V

La primera vez que lo vio, el Forastero estaba sentado junto al cruce. Ella ganduleaba arrastrando los pies por la calle principal y jugueteaba con un abanico color rojo. Iba pensando en nada. Y aquello la dotaba de una convexidad admi-

nable, una manera de verdadero desequilibrio para con el resto del mundo.

Reparó en el Forastero porque parecía extraviado lo cual, en cierto modo, le disgustó y le atrajo en partes iguales. El Forastero acababa de salir a respirar el aire de la Primera Tarde. Llevaba el cabello húmedo de la ducha y la Bombi pensó, este tío parece memo con esos ojos tan raros vueltos hacia dentro. Y es que el rostro del Forastero parecía ya poseer cierta cualidad de ausencia.

Cualquier otra chica hubiese pasado de largo, pero la Bombi, se acercó contoneándose. El extraño ni siquiera pareció inmutarse. Una de sus características, observó la Bombi, era la inexpresividad o el disimulo. Quizás fuese sordo o ciego, dictaminó la Bombi.

Escrutó aquel rostro de edad indefinida. Los ojos de loco. Quizás el Forastero se hubiese escapado de algún manicomio, de una cárcel de alta seguridad con alambrada eléctrica y torreón de vigilancia. La hipótesis produjo en ella una especie de placer extraño, hermano gemelo de las culebras y los grillos.

Se lo imaginó nítidamente, con una camisa de fuerza, de pie, desnudo, con las piernas abiertas encuadrando el miembro triste, en medio de un largo pasillo desolado. Cuando miró mejor en el fondo de sus sueños, vio que el pasillo estaba lleno de camas, camas ocupadas con enfermos purulentos, llenos de pústulas, con afecciones ligadas a órganos huidizos e insalvables: el epitalamio, las trompas de eustaquio, el epitelio, la circunvalación de la autoestima.

Estuvieron así un tiempo que a la Bombi se le hizo eterno y al Forastero quizás también. Al cabo de lo que tal vez fuesen solo unos minutos, el Forastero pareció reaccionar, como si una mano invisible lo hubiese tomado por el hombro, advirtiéndole de que alguien requería su presencia. Entonces se volvió y la miró de arriba abajo.

U

Acostada sobre el sofá cuan larga era, la Bombi trató de hacer que su amiga comprendiese la gravedad del asunto.

—¿Lo has visto?



Loli, junto a ella, se limaba las uñas. Parecía absorta. Sobre su lima gruesa de metacrilato estaban dibujados dos animales prehistóricos, un tiranosaurio rex y un brontosaurio. Loli se limaba las uñas, mientras la Bombi se quejaba al alimón. El fabricante taiwanés, ajeno a todo, quizás pasease, en aquel mismo momento, por Taiwán. Quizás lloviese en Taiwán aquel día de junio preñado de amor y confesiones.

Abajo, en el bar, se escuchaba ya la voz del farmacéutico juntando las dos mesas de la ventana. Debían de ser las cinco. Pronto llegarían los otros jugadores. A lo lejos empezaba a desatarse el atardecer. Muy lentamente, pero de manera irrenunciable. El niño Nando pasó en bici y pasó luego la camioneta de reparto que se quedó aparcada en la plaza muy poco tiempo, el tiempo de una descarga o de una venta, y terminó alejándose por la carretera borrosa.

—¿No lo entiendes? —le dijo aquel día a su amiga Loli—. Creo que me he enamorado de verdad.

## E

El cura llegó tarde enredándose entre sus largas faldas polvorientas. El farmacéutico pensó que parecía un turco bailando con los brazos en alto como ramas.

—Perdonen el retraso, señores, tuve un contratiempo.

Se sentaron los tres en las dos minúsculas mesas de formica cerca de la ventana, Consuelo les trajo los carajillos y el farmacéutico barajó con una sonrisa maliciosa que no parecía anunciar nada bueno.

Jugaron varias mangas y, de pronto, don Felipe dejó caer como si se tratase de un órdago a la grande:

—Supongo que habrán visto que ha llegado al pueblo un viajero.

Todos asintieron. Solo el cura parecía molesto por el calor, por la luz del cielo lavado. Había dejado una libélula golpeándose contra una de las lámparas de la sacristía.

Hubo un silencio. En la televisión un *talk show* vomitaba incongruencias.

—¿Qué me dirían, amigos, si les comunico que estoy pensando en casarme?

El farmacéutico apenas levantó sus ojos de las cartas, un largo flequillo le cubría la calva y medio rostro. Pensó en los turcos y en alguna otra fineza por el estilo que le permitía conservar la ilusión de tener vida interior y agitó el cigarro de manera apreciativa como diciendo: hasta ahí podíamos llegar.

En el piso segundo, el Forastero se asomaba a la ventana, agarrado a su Biblia de Jerusalén, y sonreía. Pensó que había como deseos que sobrevolaban el pueblo y sembraban los campos de semillas emplumadas.

## L

Ya entonces estaban ocurriendo cosas, pero nadie se dio cuenta. A veces es así, una monotonía de ficción nos adormece. Pero los sentidos siguen ojo avizor, como piojos.

El día que el Forastero llegó al pueblo los acontecimientos se arremolinaron. Ya estaban latentes, repletos de odio y de furor y de misterio, pero aquel día se apostaron en las esquinas tras los árboles, esperando el pistoletazo de salida.

La tarde en que el Forastero llegó al pueblo, ocurrieron cosas raras. Laura, colgada de las palabras del Mundo, regresó rezando en el autobús de línea. Deseaba tanto tener un papel en aquella ceremonia. Deseaba tanto participar en ese aquelarre.

Aquello no hubiese tenido mayor importancia. No en vano, todos hemos deseado algo alguna vez con todas nuestras fuerzas. Hay quien dice que sin deseo no hay vida, que el deseo es como un cemento que construye a las personas y las preserva de la muerte.

Aquello no hubiese tenido mayor importancia, insisto, pero Laura pensó entonces: Daría cualquier cosa por eso. Y fue como si una semilla amarga hubiese prendido en su cabeza. Y rezó a ese Dios desconocido, a ese Dios que es bueno y despiadado al mismo tiempo, rui señor y ave carroñera de los seres.

A Consuelo, aquella noche, alguien la vio perfumándose el cuello con esencia de manzana y acariciándose las puntas de los (enormes) pechos frente al espejo de su cuarto. Pensaba, aún soy joven. Pensaba, tengo necesidad de manos y caricias.

Palabras de amor que resonaron como obuses en el corazón de Fronda.

## O

La Bombi estaba repantingada en una hamaca del patio balanceándose con lentitud. Leía un artículo muy interesante en el *Superpop*. Pasó página: Alex Ubago sonreía dentro de una cazadora de borrego. Por eso, ni siquiera levantó la cabeza para ver cómo don Felipe salía de la taberna levantándose el cuello de la chaqueta de espiguilla. Cerró los ojos y fingió que estaba echando un sueñecito. Uno de esos sueños en que las habitaciones se convierten en lagos navegables.

Lo sintió junto a ella largo rato. La respiración pesada y el olor a vino rancio y a colonia construyeron una especie de bóveda sobre el patio y sobre ella misma que se hacía la dormida.

Don Felipe contemplaba los pechos en forma de peras de la Bombi. Pensó que quizás no ocurriese nada si estiraba la mano y la introducía bajo la camiseta azul. (¿Cómo sería el tacto? ¿Duro, dúctil? ¿frío o cálido?) Pero se contuvo. Aún no había llegado la hora. Y luego se dirigió hacia la puerta de la calle.

La tarde estaba untuosa, parecía repleta de melaza de pura lentitud. A partir de junio los anocheceres de Fronda eran siempre así: azucarados y premiosos. Pero don Felipe no tenía prisa y regresó caminando hasta la casa.

## S

Se demoró más que otras veces, contemplando las ventanas de la antigua fábrica, inutilizada desde la guerra, donde correteaban las ratas y de vez en cuando se introducía algún conejo. Recordó a su padre a quien no había abandonado nunca la obsesión de reabrirla, hasta el mismo día de su muerte, que soñaba con inundar de cerámica el mercado nacional y recuperar el esplendor de su fortuna... y se dijo que todo era vano, vano como el viento y que había algo de insultante en la terca pervivencia de los objetos frente a la fragilidad de la vida de los hombres.

Estaba un poco triste, cuando se detuvo a hablar con aquel chiquillo, Nando, que pedaleaba como un poseso en su bicicleta oxidada y que no paraba de decir incongruencias sobre un pájaro caído y sobre un nido. Se desembarazó como pudo de él.

Los niños, solía decir su padre, están a medio camino entre el cielo y el infierno.

Apretó el timbre del telefonillo y la criada acudió rápidamente a abrir la puerta.

—Buenas noches, señor.

Don Felipe aún iba pensando en el cuerpo de la Bombi, ese cuerpo fibroso y largo, cuando se sentó a la mesa para cenar. Su entrepierna hendida por la braga.

Estaba atontado por el vino y enseguida empezó a sentir algo semejante al sueño.

## E

Los devenires se labran poco a poco y en manos de nadie está adivinar los ritmos y los ciclos. Pero quiso el destino que, aquella tarde, el niño Nando hubiese salido de paseo en bicicleta. Llevaba puesta su visera de **I♥NY** y tarareaba una canción de moda. Pensó que con un poco de suerte habrían caído un par de conejos en las trampas. Sonrió.

Mañana su padre podría hacer un estofado. Nando tenía pocos años para trabajar los campos, pero suficientes para cazar conejos y perdices.

Hoy su padre estaba reparando el tractor, él tendría tiempo, pues, para despellejar las bestias.

Nando se entretuvo haciendo esos por la carretera desierta. El canto de un pájaro nuevo lo atrajo hacia un descampado lleno de cizaña. Pensó que era un buen lugar para instalar un par de cepos.

Un niño no es bueno ni malo ni inocente, un niño es un molde donde el mundo escribe su mensaje.

Junto a la cizaña, Nando encontró un nido caído. Estuvo largo tiempo sin saber qué hacer, contemplando la cabeza calva que asomaba a través del huevo roto. Siguió allí sentado largo rato. Con las manos inútiles metidas en los bolsillos. Era curioso, casi la idea de los conejos estofados empezaba a dejar de parecerle buena.

De pronto tuvo una idea y sacó de su zamarra el cuaderno de dibujo y el lápiz de mina gruesa y se sentó junto al naufrago.

Con trazo tembloroso, garabateó una forma tal que así:



Parecía un platillo volante o una cara sonriente. Nando respiró.

Finalmente, cogió el nido y lo colocó sobre la cesta de la bici. La verdad es que tampoco sabía adónde llevarlo. Pedaleó un poco hasta un grupo de alcornoques que estaba a un tiro de piedra y aparcó allí, debajo de uno de ellos, esperando a que se le ocurriese algo mejor.

## D

—Pero, ¿está usted en serio? ¿Desea usted casarse?

Don Felipe esperó unos segundos, estaba reflexionando, era su turno. El farmacéutico lo contemplaba con sorna.

Don Felipe jugó y luego hizo ademán de reajustar la mirada. Parecía regresar desde muy lejos.

—Pues, sí. Me siento joven, tengo dinero. ¿Qué otra cosa puedo hacer? No se me ocurre nada mejor ni más acertado que buscar una hembra joven que me sirva de compañía y que me quiera.

—Pues está usted aviado, a estas alturas —se mofó el cura que era de natural pesimista.

—El señor cura tiene razón. No sé de dónde saca esas ínfulas, amigo mío —repuso el farmacéutico.

Consuelo se acercaba a la mesa para cambiar el cenicero:

—¿Otro carajillo?

El cura, que parecía molesto, pidió un anisete para la última. A Consuelo le pareció que don Felipe había perfumado su corta barba gris. Llevaba la camisa de raya fina adornada con un pañuelo de seda. El farmacéutico fue el único que la miró a los ojos para decirle:

—Consuelo, que ya van dos y hoy es lunes.

—Para lo que tienen ustedes que hacer, ¿qué más les da?

Don Felipe asintió:

—Es verdad que más vale recibir la caída de la tarde preparado.

## E

Nando estaba estacionado bajo el alcornoque del kilómetro doscientos veinticinco. Cogió el nido entre sus manos y lo volvió a dejar en el suelo.

Nando pensó que el pollo iba a morir allí mismo. A lo lejos el horizonte resplandecía con ese color rosado del estío que reverbera y simula incendios.

¿Se quedó dormido? No lo sé. Solo sé que cuando abrió los ojos un rostro lo miraba fijamente, a tan solo un palmo de distancia. Nando nunca había visto a un Forastero, aunque sabía que existían, por eso se dijo esto debe de ser un espíritu. O, ¿quién sabe?, quizás sea la muerte que viene a buscar al pobre pollo.

Nando se enderezó y se frotó los párpados. Miró de arriba abajo a aquel hombre tan grande. El Forastero permanecía allí con sus grandes órbitas muy blancas y azuladas. Se miraron.

## S

Ignoro que ocurrió después. Quizás hablaran o se estrechasen la mano con severidad, con tristeza y es que no en vano los Forasteros y los niños hablan el mismo lenguaje pesadoso.

Acabaron instalándose tras la iglesia: frente a los campos de trigo. Se sentaron. El Forastero había cazado varias moscas pequeñas y alimentaba con ellas al pollo. Nando notó que el otro tenía las manos descarnadas y muy grandes y aquello pareció reconfortarlo. Con las palmas más claras que los dorsos. También la noche empezaba a oscurecer.

Ninguno de los dos vio a la chica-chico que fumaba en silencio.

Laura, con los ojos clavados en la Nada, pensó que la noche daba miedo.

Se levantó. En casa la esperaban sus padres amontonando sus pequeñas miserias y sus frustraciones y sus suciedades y la bonita cara de puta vieja de su hermana y la seguridad de que no habría nunca nada más aparte de la Flor de Badajoz.

Nando dijo:

—¿Adónde van los pájaros cuando mueren?

Y el Forastero contestó con lengua de trapo.

—No lo sé.

## H

Laura se quedó así mucho rato, aprovechando su invisibilidad, acunada por los murmullos del Forastero y del niño. La noche cayó como un velo sobre los surcos. Mañana tenía examen de matemáticas. Nando pensaba contemplando con ternura a su polluelo: ojalá se salve.

## I

Y claro, aquella noche nadie durmió bien en Fronda. Había sobre el pueblo un malestar dulzón como cuando se derrama azúcar sobre el fuego y una humareda se levanta que empaña los ojos y pringa los sentidos.

Alvarito se enredó varias veces con las sábanas y tuvo sueños de un erotismo cruel que lo hicieron despertarse aterroizado como si un engendro hubiese penetrado su cabeza.

Se levantó y fue a la cocina donde una cucaracha se perdía en la inmensidad del embaldosado. Encendió la luz y abrió la nevera: dos salchichas bailaban el charlestón con media cebolla y medio puerro. Se sirvió un vaso de leche y, con la boca llena de esa niñez reconfortante salió a la puerta del patio. Su tío, en bata de casa, estaba sentado sobre su silla plegable, a la intemperie.

Genaro no dijo nada, solo hizo ademán de asentir.

En Yerma, don Felipe se había servido otro whisky y hacía un solitario junto a la ventana de la sala. En el retrete de la rebotica, el farmacéutico vomitaba parte de su colación nocturna.

Tampoco el cura reposaba. Se había propuesto rezar todos los misterios gloriosos para conciliar el sueño. Tenía miedo. Pensó que quizás mañana a más tardar iría a que lo escuchase en confesión el párroco del Tallar que era viejo y estaba medio sordo.

## Z

En cuanto al Forastero, pasó toda la noche contemplando el techo de su cuarto. Veía a una niña muy pequeña columpiándose en un jardín oscuro. Una o dos veces el Forastero quiso levantarse, pero la cabeza le daba vueltas. Solo acertó a sacar la botella de alcohol de debajo de la cama y dar un trago. A través de la ventana entraba la luminosidad maligna de la luna.

Consuelo tampoco dormía. Su marido roncaba junto a ella como un becerro joven. Consuelo pensó que, si no fuese porque Amaro era un hombre bueno, ella misma lo hubiese estrangulado con sus propias manos hacía ya tiempo. Se demoró repasando los detalles de aquel crimen no cometido. Hubiese rebanado su ancho cuello beodo con un cuchillo de deshuesar terneras. Y así, así, se hubiese al fin visto libre de esa presencia benévola, silenciosa, vacuna.

Luego pensó en su querida Lourdes, con esas piernas y esa manera de moverse tan de estrella de conjunto americano. Pensó irremediablemente —porque una no es sorda, ni tonta, ni se lo hace— que sería conveniente juntarla con don Felipe. Don Felipe quizás no fuese joven, pero era rico y tenía una gran casa cerca del encinar de Fronda.

Después pensó, con menos placer, en la pequeña que ya empezaba a dar disgustos, desapareciendo por las tardes, escondiéndose Dios sabe en qué lugar perdido.

## O

Un viajante de comercio roncaba como un bendito entre los brazos de Eva la Erótica. La beata Ramona, que tenía malos



pensamientos, decidió incorporarse de su lecho y retomar en la oscuridad el ganchillo hasta que las imágenes lúbricas se esfumaran.

José Ángel, el peluquero, insomne, releyó por enésima vez las mismas cartas de amor romántico que guardaba desde hace años, atadas con un lazo en una caja de música forrada de satén.

Laura revisó algunas ecuaciones mentalmente y el encadenamiento de los números, aquella cantinela repetida, la embriagó levantando su lecho por encima de las nubes.

Ni siquiera la Bombi dormía, aquella noche tenía borrachera de sí misma. Pensaba en su hermoso pecho y en sus manos y en cómo él la amaría irremediabilmente.

—El te quiere, tonta. Te quiere.